

afrancesados, son, por su origen y por algún residuo de sí propios, parientes de sus vencidos. Aunque importen sus costumbres y sus poemas, aunque introduzcan en la lengua más de un tercio de sus voces, esa lengua sigue siendo completamente germánica en el fondo (1); si cambia su gramática, es de suyo, por su propia fuerza, en el mismo sentido que sus parientes del continente. Al cabo de trescientos años, los conquistados son los conquistadores; estos últimos hablan el inglés; la sangre inglesa acaba por sobreponerse en sus venas á la sangre normanda por virtud de los matrimonios. A la postre, la raza sigue siendo sajona. Si el antiguo genio poético desaparece después de la conquista, es como un río que se sume en el suelo y corre bajo tierra. Volverá á salir de allí á quinientos años.

estas cifras sino con toda clase de reservas. Sin embargo, están de acuerdo con las de Mackintosh, de Jorge Chalmers y de otros varios; muchos hechos prueban que la población sajona era numerosísima y completamente desproporcionada con la población normanda.

(1) Warton, *History of English poetry*. Prólogo; Skeat, *Etymological Dictionary*. (Los cuadros del fin consignan la proporción de las voces sajonas y de las voces normandas.)

CAPITULO II

LOS NORMANDOS

- I. Formación y carácter del hombre feudal.
- II. Expedición y carácter de los normandos.—Contraste entre normandos y sajones.—Los normandos son franceses.—Cómo se hicieron franceses.—Su gusto y su arquitectura.—Su curiosidad y su literatura.—Su caballería y sus diversiones.—Su táctica y su éxito.
- III. Indole del espíritu francés.—Dos rasgos principales: ideas definidas é ideas enlazadas.—Construcción psicológica del espíritu francés.—Narraciones prosaicas; falta de colorido y de pasión; facilidad y verbosidad.—Lógica y claridad natural; sobriedad; gracia y delicadeza; perspicacia y burla.—El orden y el atractivo.—Qué género de belleza y qué clase de ideas han traído al mundo los franceses.
- IV. Los normandos en Inglaterra.—Su situación y su tiranía.—Importan su literatura y su lengua.—Olvidan su literatura y su lengua.—Poco á poco aprenden el inglés.—Poco á poco el inglés se afrancesa.
- V. Traducen en inglés libros franceses. Palabras de sir John Mandeville.—Layamon, Roberto de Gloucester, Roberto de Brunne.—Imitan en inglés la literatura francesa.—Manuales morales, canciones, *fabliaux*, cantos de gesta.—Brillantez, frivolidad y vacuidad de esa cultura francesa.
- VI. Barbarie é ignorancia de esa civilización feudal.—La canción de gesta de Ricardo Corazón de León, y los viajes de sir John de Mandeville.—Pobreza de la literatura importada é implantada en Inglaterra.—Por qué no dió resultados en el continente ni en Inglaterra.
- VII. Los sajones en Inglaterra.—Persistencia de la nación sa-

jona y formación de la constitución inglesa.—Persistencia del carácter sajón y formación del carácter inglés.
VIII á X. Oposición entre el héroe popular de Francia y el de Inglaterra.—Los *fabliaux* del Zorro y las baladas de Robin Hood.—Cómo el carácter sajón mantiene y prepara la libertad política.—Contraste del estado de los pueblos en Francia y en Inglaterra.—Teoría de la constitución inglesa por sir John Fortescue.—Cómo la constitución de la nación sajona mantiene y prepara la libertad política.—Situación de la Iglesia y precursores de la Reforma en Inglaterra.—Pedro Plowman y Wyclef.—Cómo el carácter sajón y la situación de la Iglesia normanda prepara la reforma religiosa.—Incomplemento é impotencia de la literatura nacional.—Por qué no prosperó.

I

Hacia ya siglo y medio que en el continente se había formado una sociedad nueva, surgiendo nuevos hombres en medio de la disolución universal. Por fin, los valientes se hicieron firmes contra los normandos y los salteadores. Habían sentado la planta en el suelo, y el esfuerzo de sus grandes corazones y de sus brazos contuvo el caos móvil de las cosas que se derrumbaban. En la desembocadura de los ríos, en los desfileros de los montes, en el linde de las marcas devastadas, en todos los pasos peligrosos, habían construido sus fortalezas, cada uno la suya, cada uno en su tierra, cada uno con su bando de fieles; y vivían á la manera de un ejército diseminado, pero en guardia, acampados y coligados en sus castillos, con las armas en la mano y enfrente del enemigo. Bajo esa disciplina se había formado un pueblo temible: corazones fieros

en cuerpos atléticos (1), incapaces de temor, sedientos de acciones violentas, nacidos para la guerra permanente, porque en la guerra permanente se habían templado; héroes y bandidos que, para salir de su soledad, se lanzaban á las empresas aventureras y se iban á Sicilia, á Portugal, á España, á Livonia, á Palestina, á Inglaterra, á conquistar tierras ó á ganar el paraíso.

II

El 27 de Setiembre de 1066 podía verse un gran espectáculo en la desembocadura del Somme: cuatrocientos navíos de gran velamen, más de mil lanchas de transporte, y sesenta mil hombres que se embarcaban. El sol lucía espléndidamente después de prolongadas lluvias; sonaban las trompetas; los gritos de aquella multitud armada subían hasta el cielo; en la playa, en el anchuroso río, en el brillante y espacioso mar que más allá se dilata, erguíanse como un bosque hasta perderse de vista los mástiles y las velas, y la

(1) Véase, entre otras pinturas de costumbres, los primeros relatos de la primera cruzada: Godofredo parte un sarraceno hasta la cintura.—En Palestina, una viuda estaba obligada á casarse hasta los sesenta años, porque ningún feudo podía quedar sin defensor.—Un jefe español dice á sus hombres extenuados, después de una batalla: Muy cansados y heridos estáis; pero venid á batiros conmigo contra esa otra tropa: las heridas frescas que recibamos nos harán olvidar las que hemos recibido.—En aquel tiempo—dice la *Crónica general de España*—los reyes, condes y nobles, y todos los caballeros, á fin de estar dispuestos á todas horas, tenían sus caballos en la estancia donde dormían con sus mujeres.

enorme flota se ponía en movimiento á impulsos del viento Sur (1). El pueblo que transportaba se decía originario de Noruega, y se le hubiese podido creer pariente de aquellos sajones á quienes iba á combatir; pero llevaba consigo una multitud de aventureros que habían acudido por todos los caminos, de cerca y de lejos, del Norte y del Mediodía, del Maine y de Anjou, del Poitou y de Bretaña, de la Isla de Francia y de Flandes, de Aquitania y de Borgoña (2); y él mismo, en suma, *era francés*.

¿Cómo es que, conservando su nombre, había cambiado de naturaleza, y qué serie de renovaciones había hecho de un pueblo germánico un pueblo latino? Es que ese pueblo, cuando llegó á Neustria, no era un cuerpo de nación ni una raza pura. No era más que una banda, cuyos miembros, casándose con las mujeres del país, infundían en sus hijos la savia extranjera. Era una banda escandinava, pero engrosada por todos los bigardos valientes y todos los infelices desesperados que vagaban por la tierra conquistada (3); y en este concepto también, recibía en su propia sustancia la savia extranjera. Por otro lado, si mezcla había en la tropa errante, mayor la hubo en la tropa establecida; y la paz, con sus infiltraciones, lo mismo

(1) Véanse, para todos los detalles, las *Crónicas anglo-normandas*, III, pág. 4, citadas por Agustín Thierry. Yo mismo he visto el sitio y el paisaje.

(2) En Hastings, de tres columnas de ataque, había dos formadas por los auxiliares. Aparte de todo, los cronistas no se engañan sobre el hecho capital: todos convienen en decir que Inglaterra fué conquistada por franceses.

(3) Un pescador de Ruan, soldado de Rollo, fué quien mató al duque de Francia en la desembocadura del Eure. Hastings, el famoso rey de mar, era hijo de un labrador de los alrededores de Troyes.

que la guerra con sus reclutas, vino á alterar la integridad de la sangre primitiva. Cuando Rollo, después de repartir la tierra entre sus hombres, ahorcó á los ladrones y á los que les prestaban ayuda, acudieron gentes de todos los países. La seguridad, la buena y «rígida» justicia eran tan raras que bastaban para repoblar un país (1). Llamó á los extranjeros, dicen los antiguos autores, «é hizo un solo pueblo de tanta gente de diversas procedencias». Ese amasijo de bárbaros, de refugiados, de salteadores, de colonos emigrados, habló tan pronto romance ó francés, que el segundo duque, queriendo que su hijo aprendiese la lengua danesa, tuvo que mandarle á Bayeux, donde aún estaba en uso. Las grandes masas acaban siempre por formar la sangre, y las más de las veces el espíritu y la lengua. Por eso estos hombres, una vez transformados, se desentumecieron rápidamente: la raza fabricada resultó de espíritu despierto, mucho más despejada que los sajones, sus vecinos de ultra-Mancha, enteramente semejante á sus vecinos de Picardía, de Champaña y de la Isla de Francia. «Los sajones (2)—dice un antiguo autor—bebían á quién más, y consumían sus rentas en festines día y noche, mientras que se contentaban con habitaciones miserables: todo lo inverso de los franceses y normandos, que hacían poco gasto en sus bellas y espaciosas casas, siendo, por otra parte, delicados en el comer y esmerados en el vestir.» Los unos, entumecidos aún por la flema germánica, eran borrachos glotonos á quienes sacudía á veces el acceso del entusiasmo poético; los otros, aligerados

(1) «En el siglo X (dice Stendhal) un hombre anhelaba dos cosas: 1.º, que no le matasen; 2.º, tener un buen vestido de piel.» Véase aquí la *Crónica* de Fontenelle.

(2) Guillermo de Malmesbury.

por su transplatación y su mezcla, empezaban ya á sentir las necesidades del espíritu. «Dentro de su país, hubieseis podido ver elevarse iglesias y monasterios de un estilo antes desconocido» (primero en Normandía, y á poco en Inglaterra) (1). Inmediatamente se había despertado en ellos el gusto, es decir, el deseo de recrear los ojos, y de expresar en formas sensibles su pensamiento, un pensamiento nuevo: el arco circular se apoyaba sobre una columna simple ó sobre un haz de columnitas; circuián las ventanas elegantes molduras; abríase el rosetón, sencillo aún, semejante á la rosa de las zarzas, y desplegábase el estilo normando, original y medido, entre el estilo gótico cuya riqueza anunciaba, y el estilo románico cuya solidez recordaba.

Con el gusto se despertó no menos pronto y naturalmente la curiosidad. Los pueblos son como los niños: unos rompen á hablar fácilmente, y comprenden al punto; otros rompen á hablar con trabajo, y comprenden tarde. Estos habían hecho su educación de prisa, á la francesa. Son los primeros que en Francia desembrrollaron el francés, fijándole, escribiéndole; tanto, que aun hoy entendemos sus códigos y sus poemas. En siglo y medio se habían pulido hasta el punto de encontrar «ignorantes y groseros» (2) á los sajones. Tal fué su pretexto para expulsarlos de las abadías y de todos los buenos puestos eclesiásticos. Y á la verdad, ese pretexto era también una razón, porque odiaban por instinto la rudeza estúpida. Entre la conquista y la muerte del rey Juan, establecieron en Ingla-

(1) *Pictorial history*, 1, 615. Iglesias de Londres, de Sarum, de Norwich, Durham, Chichester, Peterborough, Rochester, Hereford, Gloucester, Oxford, etc. Guillermo de Malmesbury.

(2) Expresión de Orderico Vital.

terra quinientas cincuenta y siete escuelas. Enrique Beauclerc, hijo del conquistador, fué instruido en las ciencias; Enrique II y sus tres hijos lo eran también; el mayor, Ricardo Corazón de León, fué poeta. Lanfranc, primer arzobispo normando de Cantorbery, lógico sutil, discutió hábilmente sobre la presencia real; San Anselmo, su sucesor, el primer pensador del siglo, creyó descubrir una nueva prueba de la existencia de Dios, é intentó dar á la religión carácter filosófico, haciendo de la razón el camino de la fe; grande era la idea ciertamente, sobre todo en el siglo XII, y no cabía ir más de prisa. Sin duda esa ciencia es la escolástica, y aquellos terribles tomos en folio matan más espíritus que los que alimentan; pero se empieza como se puede, y el silogismo, aun latino y teológico, no deja de ser un ejercicio de la inteligencia y una prueba de ingenio. Entre esos abades del continente que se instalan en Inglaterra, éste crea una biblioteca; aquél, fundador de una escuela, hace que sus alumnos representen la leyenda de Santa Catalina; otro, escribe en latín pulido, epigramas «aguzados como los de Marcial». Son los placeres de una raza inteligente, ávida de ideas, de espíritu dispuesto y flexible, cuyo claro pensamiento no está ofuscado, como el de las cabezas sajonas, por las alucinaciones de la embriaguez y los vapores del estómago voraz y ahito. Les gustan las pláticas y los relatos de aventuras. Al lado de sus cronistas latinos, como Enrique de Huntington, Guillermo de Malmesbury, hombres reflexivos ya, y que saben, no sólo narrar, sino juzgar á veces, tienen crónicas rimadas, en lengua vulgar, como la de Godofredo Gaimar, de Benito de Sainte-Maure, de Roberto Wace. Y no creáis que sus versificadores pecarán por falta de palabras ni serán parcos en detalles. Son cuentis-